

CULTURA / Hace unos años Adolfo Sainz, atendiendo a una consulta personal, nos preguntó si teníamos algún conocimiento de Pedro Echevarría Bravo, músico burgalés supuestamente afincado en Soria en los años veinte del pasado siglo. De nuestra ignorancia, manifestada de inmediato, surgió un interés, y de éste la investigación que sigue.

Pedro Echevarría Bravo

Juan A. Gómez-Barrera

Pese a que es público y notorio nuestra escasa cultura musical, el presidente del Casino Amistad Numancia nos formuló semejante cuestión por su especial devoción hacia *El Ateneo de Soria* (2006), trabajo en el que quedaron reflejados, entre otros asuntos, cuantos acontecimientos musicales en Soria llegó a apadrinar la entidad entre 1883 y 1936. En aquel libro, debe recordarse, tuvo cabida tanto Damián Balsa como Francisco García, y también Gerardo Diego, Bernardo Ballenilla y Victoria Falcó, pero no quedó rastro del joven músico por más que este, según sabemos hoy, asistiera a varias de sus veladas, dejara en la prensa localina estimables notas musicales y esta misma grabara en letras de molde su activo pasar por la ciudad.

No memorizamos los nombres, pero por lo leído en estos días en que retomamos la búsqueda, los promotores de la consulta debieron ser los investigadores Francisco Moya Maleno, Esther Navarro Justicia y Luis Labajo Altamirano quienes, desde el Centro de Estudios del Campo de Montiel, se esforzaban en aquel tiempo por llevar a cabo un congreso sobre la figura del folklorista, etnomusicólogo, compositor y director de bandas de música Pedro Echevarría Bravo, cosa que terminó por suceder los días 15 a 17 de julio de 2016 en Villanueva de los Infantes (Ciudad Real). Nada de esto se nos dijo entonces, o no llegamos a entenderlo ante puntuales obligaciones, mas revisamos la vieja prensa histórica y localizamos, entre el 18 de noviembre de 1926 y el 12 de diciembre de 1933, en las páginas de *Noticiero de Soria*, *El Avisador Numantino*, *El Porvenir Castellano*, *La Voz de Soria* y el *Boletín Oficial de la Provincia*, medio centenar de citas a base de reseñas de actuaciones, estrenos y conciertos, notas musicales (especialmente las tituladas “Progreso Musical” y “La Misa Pastora”, de claro raigambre *sorianista*), ecos sociales, anuncios, poemas y canciones (como “Año Nuevo-Vida Nueva”, “En la noche de Reyes”, “¡Los soportales de Soria!”, “¡Suspiros del alma!” y “¡Quejas amorosas!”); y un par de artículos filosóficos

notabilísimos (“Origen de la autoridad” y “Las causas finales en los cuerpos”), que vieron la luz en *El Porvenir Castellano* y han dado pie a un análisis particular, ¡92 años después!, del profesor Labajo Altamirano. Todo esto vimos. Y todo remitimos a la dirección electrónica que se nos dijo, incluidas algunas observaciones historicistas propias que pudieran explicar costumbres, lugares y paisajes a gentes alejadas de nuestro espacio provincial. Pero, sin comprender bien el por qué, los emails que enviamos nos fueron devueltos.

La carpeta con aquella documentación periodística quedó en nuestro escritorio de tal manera que cada vez que abríamos el ordenador surgía de nuevo la figura ignota de Pedro Echevarría y nos invitaba a que en las nuevas visitas a la prensa de aquellos años –bien a través del portal digital del Ministerio de Cultura, bien en la forma tradicional y directa de consulta de sus números en la hemeroteca de la biblioteca de Soria– tuviéramos presente su nombre de cara a la aparición de otros vestigios biográficos o datos, huellas y rasgos de su proceder cultural.

Y es el caso que, reiterada nuestra colaboración con *Heraldo-Diario de Soria*, viéramos la ocasión de hacer partícipe a sus lectores del paso por esta ciudad de otra celebridad que, al igual que Saavedra, Bécquer, Machado y Diego, llegó a ella joven, dejó granados frutos y marchó al poco tiempo para explotar y lograr sus mayores éxitos profesionales lejos de una tierra a la que, seguramente, nunca olvidó. Sin duda es este un fenómeno sociológico por estudiar. A la misma estirpe podría añadirse el arquitecto Félix Hernández. Con todo, Soria quedó con lo mejor de su mocedad y, en buena parte, con su obra más sincera, por libre de mal y llena de ingenuidad juvenil.

Pedro Echevarría Bravo nació en 1905, en Villalmanzo (Burgos), y murió en Madrid, en 1990. Fue correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y miembro del Instituto de Estudios Manchegos y del Centro de Estudios Jacobeos. Fue, además, autor del *Cancionero Musical Popular Manchego* (1951) y obtuvo, en 1959, el Premio Extraordinario de Musicología del CSIC. Su principal biógrafa, su propia hija María Luisa que mantiene abierto en la red un blog sobre el mismo, destacó el que iniciara estudios musicales de solfeo y piano a la temprana edad de diez años, que los continuara, añadiendo cursos de armonía, composición y órgano, en el Colegio Seráfico de Nuestra Señora de Aránzazu (Oñate, Guipúzcoa), y que en este mismo monasterio, amén de componer sus primeras obras y fundar y dirigir la *Schola Cantorum* del convento, se formara en Humanidades y Filosofía y Letras, disciplinas que le otorgaron la base cultural necesaria con que aderezar muchas de sus actividades posteriores. No olvidó resaltar el papel que el servicio militar, cumplido entre 1927 y 1928 en el Regimiento Príncipe de Oviedo, jugó a la hora de inclinarse por una salida laboral como profesor y director de bandas musicales, pues llegó a serlo de la de Ateca y Daroca (Zaragoza), de la de San Martín del Rey Aurelio (Asturias), de la de Tomelloso (Ciudad Real), de la de La Coruña y de la

de Santiago de Compostela. Ni tampoco dejó de mencionar sus publicaciones, composiciones, homenajes y condecoraciones. Y sin embargo, sí olvidó Soria –algo ciertamente inexplicable–, lugar al que llegó tras abandonar Aránzazu, casi un año antes de incorporarse a filas. Aquí escribió y estrenó una de sus primeras obras (el denominado “Himno oficial” a la celebración de la Inmaculada Concepción), admiró al primer director de banda con quien entró en contacto (Bernardo Ballenilla, al que elogiaría en varios textos periodísticos), dejó impreso su nombre en los cuatro periódicos que entonces se editaban en la ciudad y, tras la *mili* y antes de llegar a Ateca, se estrenó como músico en la banda provincial. Este es el vacío que cubrió la investigación de los profesores manchegos referida líneas arriba; mas aquel no quedó cubierto al no dar estos con las claves por las que el joven músico, nacido en tierras burgalesas y criado en las monásticas de Oñate, vino a vivir a Soria. Lo hizo a la calle Canalejas, número 88, lugar en que residía Pedro Echevarría Alonso, su padre, natural de Monasterio de Rodilla e hijo de José Echevarría Pascual, de Cantabrana, y de Eusebia Alonso Asenjo, de Barbadillo del Mercado.

Pedro Echevarría Bravo llegó a Soria a finales de 1926. Vino, en realidad, a casa de su hermana Asunción, casada con el cesante Agustín de la Mata Rico, donde vivían, además, su padre y sus tres sobrinas, María Luisa, María Teresa y María del Carmen, de apenas uno, dos y tres años. [Hoy, 27 de diciembre, al visitar el autor la tumba de sus padres en El Espino, ha “descubierto” la de la familia De la Mata Echevarría donde descansan Agustín, Asunción y María Luisa].



Pedro Echevarría Bravo en una foto de estudio cuando tenía 28 años, tomada del blog de su hija María Luisa Echevarría Martínez.

Publicado en Heraldo-Diario de Soria, 7-1-2019

PERSONAJES / Después de presentarles hace unos días, en un artículo anterior, las circunstancias de nuestro conocimiento del músico burgalés, sus huellas sorianas y su proyección profesional, se hace necesario descender a los hechos y documentar esta etapa formativa oculta hasta ahora en su biografía

Trayectoria soriana de Pedro Echevarría Bravo (1926-1928)

Juan A. Gómez-Barrera

Decíamos ayer, el pasado 7 de enero, que el folklorista, etnomusicólogo, compositor y director de bandas de música Pedro Echevarría Bravo nació en 1905, en Villalmanzo (Burgos), y murió en 1990, en Madrid; que se inició en el estudio de piano y solfeo apenas cumplidos los diez años; que a los catorce ingresó en el Colegio Seráfico de Nuestra Señora de Aránzazu (Oñate, Guipúzcoa) donde, además de cursar estudios de Humanidades y Filosofía y Letras, conoció los secretos de la composición y del órgano, de la mano del P. Juan José Natividad Garmendia, y de la teoría musical, solfeo, cantos populares y piano, al calor del P. José María Arregui; y que a los 21, tras formar parte de la *Schola Cantorum* fundada por aquel, componer para ella su primera obra -un *Salve Regina* para cuatro voces mixtas y órgano- y suceder al maestro como organista y director de la masa coral del Monasterio, optó por abandonar la vida religiosa y emigrar hasta el alto llano numantino. A esta tierra llegó en 1926, y no lo hizo camino de Madrid, Barcelona o París, escalas precisas que habrían completado su formación reglada, sino del número 88 de la calle Canalejas donde vivía su padre, ya viudo, en compañía de su hermana Asunción, el marido de ésta y sus jovencitas sobrinas. No viajó a tan ilustres ciudades, sino a Oviedo, al Regimiento Príncipe, donde realizó el servicio militar entre marzo de 1927 y abril de 1928. Y luego, verificada su tarea militar y cumplida su primera experiencia como miembro de una banda musical, regresó a Soria, hasta agosto de este mismo año en que dio comienzo su carrera profesional como Organista y Maestro de Capilla en la Parroquia de Santa María de Ateca (Zaragoza). De esa etapa soriana nada se sabía entre sus biógrafos hasta hace dos

años. Y, sin embargo, los cajistas de la prensa local grabaron con letras de molde su permanencia en nuestra tierra, sus idas y venidas, y su crecimiento musical: dio cuenta de sus recitales, de su obra compositiva, de su capacidad para dirigir grupos corales y de sus escritos, ya fuesen estos filosóficos, musicales o poéticos.

De la trayectoria soriana de Pedro Echevarría es de lo que aquí se quiere tratar. Digamos así que su relación con Soria nace del estado de viudedad de su padre, de la necesidad de este de vivir con su hija Asunción y del matrimonio de esta con Agustín de la Mata Rico, empleado-telegrafista nacido en 1896 en Guadalajara y destinado en Soria desde 1923. Hasta aquí llegó, según escribió él mismo en *Noticiero de Soria* el 30 de diciembre de 1926, cuatro meses antes. Y el domingo 21 de noviembre, un día después de que la Banda de Música Provincial celebrara en el Teatro Principal un gran concierto en honor de Santa Cecilia y “La Lira Numantina”, con igual motivo, recorriera las calles de la ciudad “tocando alegres dianas”, debutó como músico y compositor dirigiendo una solemne función religiosa en la iglesia de San Juan de Rabanera. Era el novenario de la Inmaculada Concepción que desde tiempo atrás venían conmemorando la asociación “Hijas de María” y el Colegio de la Presentación que regentaba Purificación Escudero, pero esta vez inició todos sus actos con el *Himno oficial* que compuso para la ocasión “el joven músico y compositor Pedro Echevarría”. En adelante, ese entrecomillado fue su tarjeta de visita: feliz expresión que se repetiría una y otra vez en la prensa soriana cada vez que ésta hubo de reseñar sus actuaciones.

El éxito de aquel novenario posibilitó que Echevarría creara en Soria su propia *Schola Cantorum* y que a finales de diciembre, dirigiendo las cuidadas voces de las hermanas Magdalena y Carmen Bardají e interpretando al órgano obras de Claude Debussy, César-Auguste Franck y Leon Boéllman, participara en el “Solemne Triduo en honor del Divino Infante” que, también anualmente, celebraba la asociación del Sagrado Corazón de Jesús. Echevarría y la *Schola Cantorum* intervinieron de nuevo a mediados de enero en la velada literario-musical que el Internado Católico de la Sagrada Familia de Soria organizó en honor de su patrona en el Centro de la Juventud Franciscana, y lo hicieron con gran éxito, interpretando el célebre canto de José María Arregui “¡Marichu! ¡Marichu!”. En aquella jornada, de la que tanto *El Avisador* como *Noticiero* informaron debidamente, Pedro Echevarría ejecutó además su canción “Presagios”, interpretó junto a Juan Cabrerizo piezas para piano y violín de Robert Schumann, y conoció a Sara Guzmán y Francisco García, los jóvenes músicos sorianos con mayor proyección de entonces. Y en febrero, en el Casino de Numancia, acompañó, en otro memorable concierto, a Carmen Cacho, a Pilar Aparicio y al virtuoso niño Eduardo García Beitia, al que unos días antes, al comentar en *El Avisador* “La Misa Pastorela” de Pablo Hernández que aquel y su padre, Bernardo García Calabia, habían interpretado en la Noche de Reyes, bautizó como “Bernardito, esa pequeña molécula del ingenio de Richard Wagner”.

Como ya se dijo en la pieza anterior, Pedro Echevarría Bravo no solo aprovechó aquellos meses de estancia en Soria, previos a su incorporación al Servicio Militar, para hacer su música y progresar en ella; escuchó y observó el paisaje musical soriano; ensalzó a sus principales figuras, los ya citados y las inolvidables voces de María Bascuñana, Eliodora Ugarte, Mercedes Ballenilla y Menchu Reglero; formó y aconsejó a sus discípulos en sus clases particulares; y se atrevió a diagnosticar que el progreso que haría feliz a Soria no era tanto el de las carreteras, comercios, cafés o ferrocarril como el del arte musical y la cultura.

Mucho queda por escribir del “soriano” Pedro Echevarría. Habría que analizar sus prosas, poemas y alguna que otra canción publicadas en *El Avisador Numantino*, *Noticiero Soria* y *El Porvenir Castellano*. Habría que reparar en su ingreso en la Banda de Música Provincial: en la que estuvo tan poco tiempo (de mayo a agosto de 1928) que apenas le permitió participar en las inmediatas fiestas de Langa de Duero y en la verbena del Barrio de la Tejera. Y habría que mencionar el fallecimiento de su padre, el 10 de abril de 1930, y el traslado de su familia de la calle Canalejas a la de Zapatería y de esta a la de la Doctrina, en cuyo número 12 vivió al menos hasta 1950 su hermana Asunción.

Mas, tras lo dicho y lo que falta por decir, cabría señalar aún dos cosas: primero, que tenía razón Justo Navarro cuando afirmó hace unos días que “todo está en los periódicos, aunque esto resulte increíble”; y segundo, que la imagen que ilustra este artículo, la Inmaculada Concepción del Archivo Municipal firmada en 1661 por el pintor barroco Martín González, bien pudo presidir el novenario para el que el joven músico aquí conmemorado compuso el “Himno oficial” con que inició su estancia en Soria.



La Inmaculada Concepción del Archivo Municipal de Soria, advocada a los Numantinos y pintada en 1661 por Martín González (Fotografía Juan A. Gómez-Barrera/AMS).

Publicado en Heraldo-Diario de Soria, 28-1-2019